

= No 418 =

= Madrid = 2 marzo 1912 =

1904

LO QUE HA SIDO == LO QUE ES

:: y lo que será este periódico ::

1912

El primer sábado de Marzo de 1904 se publicó el primer número de Los Sucesos. A los ocho años justos aparece el periódico completamente transformado en su parte material, no en otra cosa porque el espíritu que lo engendró y lo ha sostenido tanto tiempo es y será siempre el mismo. Digamos entonces que Los Sucesos había de ser el periódico ilustrado más interesante de España, y esto ha sido y esto seguirá siendo. No tenemos que plegar una bandera que sigue flotando gloriosa en la cúspide del periodismo moderno.

Los que tienen que rectificar son los que, al nacer este periódico, le concedían poco más de un año de vida, y también los que se empeñaron en dar a Los Sucesos una característica especial que nunca tuvo. Regístrese la colección del periódico y podrá verse que no hubo nunca predilección por determinados asuntos, sino por todos los que la actualidad impone y que en la parte que esas obligaciones dejan libre al gusto de la redacción, nosotros en todo tiempo hemos procurado llevar al periódico la mayor suma de atractivos y la mayor universalidad de asuntos, desde las historietas que tanto han regocijado a los niños, hasta las informaciones de los grandes progresos de la ciencia.

Por eso este periódico ha tenido tanto éxito, no porque haya publicado crímenes a todo pasto, como decían los envidiosos de nuestra enorme tirada, superior a la de los más importantes periódicos de España. Los periódicos especialistas del crimen han sido los que torpemente se lanzaron, creyendo que en eso y en imitar la forma, falsificar el título y hasta emplear el mismo papel, consistía todo.

Y como no era eso, nosotros hemos visto indiferentes la aparición continua de periódicos nacidos para hacer la competencia a Los Sucesos, lo mismo cuando eran obra del infeliz zapatero de portal que hizo los "Últimos Sucesos" que cuando la cosa procedía de las más poderosas empresas periodísticas de Madrid.

Todos murieron, como tenía que suceder, porque el secreto de hacer periódicos interesantes no lo tienen los zapateros, sino los periodistas.

Si, todos murieron, y nosotros, no sólo seguimos viviendo, sino que podemos presentarnos llenos de orgullo ante el público, ofreciéndole la mejor prueba de gratitud que un periódico puede dar a sus lectores: la de mejorar el periódico, sin aumentar el precio.

En estos casos suele decirse que

las mejoras constituyen un sacrificio: en el caso nuestro no hay sacrificio, sino el cumplimiento del deber que hemos contraído con un público que nos ha sido fiel siempre, y que, sin necesidad de excitaciones nuestras, ha despreciado a todos los falsificadores de nuestra obra.

La reforma que hoy comienza, a pesar de su importancia, no es más que la primera etapa del camino que nos proponemos recorrer hasta superar a los periódicos de mayor precio. Con lo que hacemos hoy nos igualaremos en la parte material: con lo que haremos mañana les aventajaremos en atractivos. Nuestro público verá en este periódico cosas sorprendentes. ¿Cuándo? Muy pronto; pero no hoy, porque todo no se puede hacer de un golpe. Bastante hemos hecho con desembarazarnos de los obstáculos que, dentro y fuera de la casa, impedían el lógico y tranquilo desarrollo de los grandes planes que fueron trazados al salir el primer número de Los Sucesos. Porque esto que ahora hacemos, y lo que hemos de hacer después, no es una idea del momento, sino que corresponde al antiguo propósito de hacer de este periódico la verdadera, la mejor ilustración popular de España.

NUESTRA NOVELA

El misterio del tren especial.

Deseosos de poder presentar a nuestros lectores algo curioso, algo nuevo, algo verdaderamente interesante, lo hemos buscado entre las novelas extranjeras modernas de más fama.

La primera de estas novelas que ofrecemos será, estamos de ello convencidos, del gusto de nuestros lectores, pues desde las primeras líneas la curiosidad se ve aguijoneada; el interés se despierta vivo, y la emoción se sostiene constantemente.

En los primeros capítulos de "El misterio del tren especial", vemos llegar al puerto un magnífico trasatlántico, que no puede desembarcar sus pasajeros. Uno de ellos, sin embargo, enseñando al capitán misteriosa carta, consigue bajar a tierra, en donde otra carta electriza al jefe de estación y se hace poner un tren especial para Londres. Al llegar, el jefe de estación va a recibir a tan poderoso viajero, y se encuentra con una estupenda sorpresa, que emocionará al lector en el próximo número.

En las siguientes páginas aparece la interesante figura de Miss Morse, lindísima criatura que ha de interesar vivamente, y cuyo retrato aparece en la portada de este número.

La novela se complica, el misterio sigue, la emoción va en aumento.

"El misterio del tren especial" no tiene en sus columnas cuatro líneas sin interés.

Los lectores se convencerán desde los primeros párrafos, y lograrán conocer el "misterio", si siguen con constancia la lectura de tan interesante novela.

SECCIONES NUEVAS

Además de las secciones fijas que ha tenido siempre el periódico y que tanto han gustado al público, tenemos dispuestas otras muchas, también de carácter permanente, que irán apareciendo a medida que el trabajo que previamente exigen vaya terminándose.

Escritores notables y dibujantes de gran reputación están encargados de las nuevas secciones.

En este mismo número encontrará el lector algo nuevo, como, por ejemplo, la historia íntima de la hermosa viuda que recorre el mundo en busca de marido. Esta sección, de un género absolutamente nuevo en el periodismo español, causará gratísima impresión a los lectores.

NUESTROS CONCURSOS

Preparamos muchas sorpresas.

Como decimos en otro lugar, no puede hacerse todo de una vez. Hubiéramos deseado lanzar con este número todo el plan de reformas, pero no ha sido posible. Se trata de hacer algo nuevo y sensacional, y estas cosas no se pueden improvisar. Trabajamos con empeño para implantar muy pronto una serie de concursos que producirán sensación.

¿En qué consistirán esos concursos? Lo reservamos hasta el momento oportuno, para proporcionar al público la sorpresa y también por precaución, dada la epidemia de imitaciones que reina en el periodismo madrileño.

Pero nuestros queridos lectores pueden estar seguros de que la realidad habrá de superar a lo que prometemos y que nuestros concursos, nuestros pasatiempos y nuestros premios no caerán en la vulgaridad corriente, sino que han de tener la mayor suma de atractivos.



El paraíso de los jugadores.

¿Cuál es el paraíso de los jugadores? Si no lo dijéramos, el público adivinaría fácilmente que se trata de Monte-Carlo. A pesar de la competencia que le hacen en los sitios más agradables del mundo, Monte-Carlo sigue reinando y enloqueciendo a los aficionados al juego. En España mismo tenemos ya varios Monte-Carlo: en la bella ciudad de San Sebastián funciona todo el año la ruleta, y recientemente se ha establecido en los pintorescos alrededores de Barcelona, en la Rabasada, otra casa de juego, donde se han gastado millones para dotarla de atractivos que hagan grata la estancia de los jugadores y les compensen de los ratos de mal humor que produce el perder.

Pero ni éstas, ni otras muchas casas de juego que hay en el extranjero, logran eclipsar a Monte-Carlo.

La estadística dice que por allí pasan todos los años más de un millón de personas. La mayoría van por curiosidad, por conocer ese rincón de leyendas, donde algunos ganaron en una noche miles de duros, y otros, los más, perdieron sus fortunas y tuvieron que suicidarse. Aun los que van por curiosidad, y tienen fuerza de voluntad bastante para no comprometer su fortuna, no dejan de jugar algo, aunque sólo sea un billete de cinco duros para poder decir que han jugado en Monte-Carlo.

Los verdaderos jugadores, forman rancho aparte: van después de haber estudiado toda clase de martingalas, con la ilusión de acertar y enriquecerse en pocas horas. Algunos de esos infelices se han pasado años enteros estudiando la combinación y cómo de la

casualidad de que resulte siquiera una vez. Su alegría no tiene límites.

Pero contra los que creen que las combinaciones más ó menos ingenio-



El que paga y cobra; aunque más bien cobra que paga.

sas, son infalibles, está el balance anual del Banco de Monte-Carlo, el cual balance acusa la friolera de "veinticinco á treinta millones de francos", de ganancia anual. Lo que confirma una vez más el refrán castellano de que "de Enero á Enero, el dinero es del banquero".

El director del Casino, Mr. Blanc, dijo un día: "Si alguien pudiera demostrarme con hechos, que hay un sistema por el cual puede ganarse todos los días una cantidad por pequeña que fuera, cerraría en seguida el Casino."

Tan seguros están los socios de Monte-Carlo de que no hay martingala infalible, que no les importa perder un día millones. Por el contrario, se alegran de que alguien gane de vez en cuando, porque la noticia corre por el mundo, y otros jugadores que estaban á punto de caer, caen sin remedio deslumbrados por la suerte de los afortunados.

Recientemente fué un gran reclamo para Monte-Carlo la buena suerte de un yanki, que estuvo ganando durante varios días, llegando á reunir en poco más de una semana, cerca de un millón de duros.

La misma empresa mostró interés en que se supiera eso, y los periódicos de París—y no hay que decir que más aún los de Nueva York—publicaron el retrato del yanki, nos contaron su historia, y hasta explicaron la combinación que le proporcionaba la ganancia. Muchos yankis y muchos europeos al leer esas noticias echaron á correr á Monte-Carlo, para hacer el mismo juego, que es otra de las manías de los jugadores: seguir al que creen que está de suerte.



Tipo de jugador de Monte-Carlo.



Un jugador que piensa demasiado

Lo que no contaron los periódicos fué que el yanki perdió en una sola noche todo lo que había ganado en muchas sesiones, y que tuvo que pedir á los amigos el dinero necesario para el viaje de vuelta á su país.

También recientemente se hizo circular por toda la Prensa española, la noticia de que Don Jaime, que es gran aficionado al juego, había pasado una noche en Monte-Carlo, y había ganado en pocos golpes, treinta mil duros. El hecho era cierto, y Don Jaime, más previsor ó más filósofo que el yanki, en vez de quedarse allí para ver si seguía teniendo suerte, se metió en el bolsillo los sesenta mil duros y salió de Monte-Carlo á la mañana siguiente.

Cuántos carlistas al saber eso se habrán decidido á visitar el sitio donde su Rey había dado tan buen golpe; y como lo hayan hecho, seguramente tendrán hoy algún dinero menos. Exactamente lo mismo que le ocurre á Don Jaime, del cual hemos sabido lo que ganó en una noche, pero no lo mucho que lleva perdiendo en su afición favorita.

En la ruleta, que es el juego preferido, las ventajas de la banca contra el jugador son de 37 por 1; pero

Créame usted á mí; la combinación que tengo estudiada, es infalible.

la sugestión del azar ciega á los jugadores y no les deja ver esa enorme desproporción. Y es inútil que los periódicos hablen de esto, ni que cuenten todos los horrores de Monte-Carlo; cada año aumenta el número de visitantes, y hasta el punto de que recientemente ha sido necesario cons-

truir dos nuevas salas para jugadores y curiosos.

El lector podrá figurarse el espectáculo que ofrece ese Casino todas las noches, con las salas llenas de público elegante, procedente de todos los países.

El elemento femenino es también muy numeroso. La mayoría de las mujeres, son mujeres de historia; pero no faltan tampoco señoras que en su país no se atreven á ver una función de teatro algo verde, y que cuando van al extranjero se meten en todas partes, lo visitan todo por satisfacer su ansia de curiosidad, importándoles poco que las vean mezcladas con hombres y mujeres de mala nota.

Eso sí; allí, los buenos como los malos, todos son elegantes, todos tienen aspecto de grandes personajes, y todos procuran aparecer distinguidos y correctos, aunque algunos y algunas sean en realidad gente de bien baja estofa.

Pero el infeliz provinciano que no conoce las miserias humanas, y va á Monte-Carlo atraído por las leyendas y lleno de ilusiones por el juego, queda deslumbrado ante aquellos rusos y yankis que ponen sobre la mesa miles y millones de duros, y ante aquellas mujeres guapas, que están esperando el resultado de la sesión para dar un sablazo al que gane.



Lo que se ve á todas horas en los jardines de Monte-Carlo. Los jugadores, aburridos, pensando en la combinación que ha de darles más resultado.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA EN BROMA

Nada tan difícil en los presentes momentos como escribir en broma. Ni el problema de las subsistencias, ni el conflicto de los teatros, ni las negociaciones franco-españolas, ni aun el maremagnum de la Administración municipal—, ¡qué ya es problema!— ofrecen tanta dificultad.

¡Está el alma tan angustiada! ¡Pesan tantas amarguras sobre nuestro espíritu!... ¡Estamos todos tan doloridos por dentro y por fuera, por delante y por detrás!... Yo hace la mar de tiempo, muchísimo, que no me río, que no gozo, que no vivo.

Ya puede Canalejas, que es uno de nuestros primeros satíricos, decir la gracia mayor del mundo, por ejemplo, que es democrática. Pues yo, ¡nada!... ¡No me inmuto!

Ya puede Weyler pasar por delante de mí cien veces, luciendo su porte garboso y andar sandunguero. Yo no me río.

No me hace sonreír nada, ni nadie. Y lo mismo que me pasa á mí le ocurre á todo el mundo, desde Barroso (pongo por hombre de altura extraordinaria), hasta Francos Rodríguez, que se ha quedado reducido á la nada.

Todo el mundo está triste, apenado, macilento, así como si no tuviera dinero, ni alegría en la cara, ni ganas de pagar el inquilinato. ¿Qué será?... Yo no lo sé. Pero si no es una epidemia nacional, por lo menos es un estado morboso especial, extraño y muy extendido, que debían estudiar los médicos, sin pedir créditos nuevos, como ocurre cuando se presenta cualquier epidemia.

¿No han estudiado las ostras para averiguar si eran las productoras del tifus?

Pues que estudien y analicen también á los políticos y á los concejales para saber si son ellos los causantes de esa tristeza común. Puede que dentro del Gabinete canalejista, como dentro de la Corporación municipal, encuentren el "bacillus" de esa tristeza, que ha cambiado la faz de España y ha impreso en nuestro espíritu la melancolía de los países orientales, mejor dicho, de los países desorientados.

¿Quién sabe si dentro de Romanones, como dentro de las ostras—ya que aquél al fin y al cabo, viene á ser una ostra de la política—, no existirá ese u otro "bacillus"?...

¿Quién me dice á mí que en el ventrículo derecho de Barroso, piso segundo (hay ascensor), no existe un foco de esa naturaleza, como existe en su cabeza algo que todavía no sabemos lo que es?...

Nada, nada; que se vea. Porque desde que ocurrió lo del tifus, nadie me disuade á mí de que lo mismo que existe ese microbio en una ostra, puede anidar el otro en el cuerpo de una cotorra. Y quien dice Cotorra, dice Canalejas.

Por eso muchísima gente que, como yo, está escamada de la tristeza que invade el espíritu público, antes fresco, alegre y jovial, pide que se haga por indagar la causa y descubrir el agente productor de este cambio, sea como sea.

Aunque lo mejor será, como he dicho, llevar al Laboratorio Municipal á un ministro, Luque ó Rodríguez, por ejemplo, que parecen los más dispuestos para el sacrificio, y un representante del Municipio, que puede ser un ma-

cero, para no descabalar el Concejo, que necesita ahora, más que nunca, de todos los concejales, para labrar la felicidad de los madrileños, y acabar los evacuatorios, esos monumentos que harán perdurar en Madrid el recuerdo de Francos Rodríguez.

Por todo esto es actualmente difícil escribir en broma, ni vivir lejos del Presupuesto.

F. ROIG BATALLER



LORD LISTER

A la edad de ochenta y cinco años, ha fallecido en Walmer el insigne Lister, padre de la cirugía antiséptica.

Antes de que el sabio doctor descubriese su método antiséptico, la mitad de las operaciones quirúrgicas terminaban fatalmente por el envenenamiento de la sangre. Los cirujanos de hace medio siglo quedarían asombrados si supiesen que, gracias al invento de Lister, las operaciones quirúrgicas no ofrecen peligro, desde el punto de vista de la infección.

Nació Lister en 1827, en una pequeña villa de Essex, Inglaterra, y era hijo de Joseph Jackson Lister, miembro de la Real Sociedad de Londres y muy conocido por sus estudios científicos.

Como sus padres, profesó las ideas de la secta cuáquera, acudiendo á la escuela cuáquera de Tottenham, pasando después á Londres á estudiar Medicina en la Universidad de la metrópolis.

A los veinticinco años se graduó de Medicina, y casó en Edimburgo con la hija del profesor Syme.

Sus investigaciones demostraron que la mayor parte de los fatales desenlaces en las operaciones quirúrgicas eran resultado de gérmenes orgánicos que producían la fermentación y la putrefacción de los tejidos, y Lister estudió, encontró y demostró el método de destruir esos gérmenes ó bacterias.

Su sistema se llamó antiséptico, ó sea contra la putrefacción.

Antes de inventar la cura antiséptica, infinidad de enfermos morían, no sólo por la putrefacción, sino porque la inmensa mayoría de los cirujanos no se atrevían á operar.

La reina Victoria, gran admiradora del insigne cirujano, le elevó á la categoría de par de Inglaterra, y el doctor Lister pasó á ser lord Lister.

TOROS Y TOREROS

¡Válgame Dios con la juventud taurina de ogaño! Al primer tapón...

Con tres de los estuches de la baraja novilleril y la espada de una corrida de bravos y manejables bichos, de Santa Coloma, los unos con apariencias de tener la edad suficiente para estos menesteres, y los otros recién destetados, nos hemos aburrido soberanamente en el primer festejo taurino de la temporada. ¡Festejo!

"Celita", que si quiere mata con estilo y salsa de estoqueador fino, no quiso mostrarse tal en esta función; Fuentes—¡oh paradoja del apellido!—tuvo todavía menos voluntad, y en cuanto á "Torquito", que fué quien más cosas hizo, demostró que si se ha preocupado de aprender á ser torero, le tiene completamente sin cuidado lo de matador.

Total, que con unos toros de encargo para el lucimiento de cualquier torero, no se lucieron los tres estuches de la baraja novilleril.

¿Pero qué les pasa á los novilleros de ahora? ¿Por qué son así? ¿Quién tiene la culpa de que así sean? ¿Qué les pasa?

Les pasa que esta es una infancia de niños precoces, una juventud de viejos. Que ahora nacen ya todos los toreros enterados; que llevamos una porción de tiempo viviendo en pleno reinado de SS. MM. Doña Ventaja y D. Marrullerías; que el público ha llegado á inconcebibles extremos de tolerancia y benevolencia, que le llevan á darse por satisfecho, con ver sólo un quite adornado ó un pase... y que los toreritos nuevos lo saben, y en vez de buscar la gloria y las pesetas con el corazón, que es como seguir el camino más expuesto y difícil, se acogen á la ventajilla y la habilidad y, vamos viviendo; es decir, van viviendo ellos... y digamos las cosas como son, tontos serían si pudiendo triunfar con tan poco, arriesgasen una peseta más en el juego.

Llevamos una porción de años de elevar y sostener á los toreros, olvidándonos de los matadores, y el resultado es este.

Hace cuatro días los toreros, desde el amo Guerrita para abajo, mataban; mejor ó peor; pero mataban. Ahora, desde "Bombita", á quien tanto tiene que agradecer el arte del torero, para arriba y para abajo, ninguno pincha una aceituna. Y el público tan contento, y aplaudiendo.

¿No serían unos locos estos jóvenes principiantes y los otros los viejos concluyentes, si hiciesen otra cosa que lo que ven aplaudido y bien pagado en los ídolos?

La verdad es que da risa leer algunas tarjetas y membretes: "Fulano de Tal. Matador de toros."

¡Matador! Ni de perfil, como el famoso "Don Gil" del gran "Sentimientos".

De los dos grandes partidos en que se divide la afición, torerista y estoqueadista, yo tengo el buen gusto de pertenecer al primero; pero, ¡caramba!, no hasta el extremo de prescindir de la estocada como cosa sin importancia. Que toreen bien... pero que maten algo.

No esto de ahora en que ni se mata... ni apenas se torea.

Y lo que te rondaré, morena.

DON PIO



En busca de marido.

Una hermosa viuda yanki, joven y rica, recorre el mundo en busca de un marido digno de ella. ¿Lo encontrará? Leed todos los sábados este periódico y conoceréis las interesantes aventuras de esta viudita encantadora.

Joven, rica, elegante, apasionada,
al poco de casar, quedóse viuda,
sin tener del amor, la desgraciada,
apenas un recuerdo placentero.

Ansiosa de encontrar un compañero
digno de compartir su vida entera,
recorre tierras, examina tipos:
no cesa ni un momento en su carrera.

Y de sus labios de encendida rosa
hemos de oír conceptos bien sensatos.
¿Lo encontrará algún día? ¿Quién lo duda?
¿Si es tan sabia, tan rica, tan hermosa!

Nos trazará del hombre mil retratos
de suecos, españoles é italianos,
nos dirá lo que juzga de unos y otros:
de sabios, militares y paisanos.

El conde de Espelín, noble sin renta,
viejo ya de setenta primaveras,
que á fuerza de mil drogas y postizos
no representa más de los cuarenta.

un pederndiente fué de la viudita,
y esperando dorar su escudo de armas
con los muchos millones de la bella,
ante ella presentóse de visita.

Después de las primeras entrevistas
preguntóle la viuda con intento:
—¿Qué edad tiene usted, conde?

—Tengo... ten go...

Pues tengo sólo la que represento.

A pesar de masajes y de hunturas,
de tintes, de pelucas y de engaños,
la viuda sabia, astuta y escamada,
sospechó que era un viejo de mil años.

Y un día, muy temprano, decidida,
cuando el viejo se hallaba en su tocado,
cayó, como una bomba, de improviso,
sorprendiendo á su novio en tal estado,

que, asqueada de su horrible pretendiente,
al conde, que de espanto estaba frío;
le dijo, entre burlona y disciplente:
—No colecciono momias, señor mío.



FERS

EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

I

EL VIAJERO MISTERIOSO

Un ligero murmullo de desagrado, se produjo entre los quinientos ochenta y siete pasajeros de primera que iban a bordo del "Lusitania".

Después de varias horas de discusión, entre la oficialidad, el capitán anunció a los pasajeros que por un pequeño retraso habían perdido la marea y era imposible de desembarcar aquella noche.

Las máquinas habían cesado su monótono ruido y la calma se rehacía a bordo. Lentamente, casi sin notarse, el gran trasatlántico giraba suavemente en la embocadura del río.

Un remolcador se acercó al vapor y lanzó al aire un cohete que reventó en la altura con luces azuladas. Era el remolcador del práctico.

Uno de los pasajeros, que como los demás contemplaba las evoluciones del vaporcito, se separó rápidamente y se dirigió a las escaleras del puente en el momento en que el capitán bajaba de su puesto.

El pasajero se acercó a él y le entregó una carta, diciéndole:

—Capitán, le agradecería tuviera la bondad de leer esa carta.

El capitán, que acababa de sostener larga discusión con el piloto, bajaba malhumorado, y mirando al desconocido con sorpresa, exclamó:

—¿Quiere usted que me entretenga ahora en leer caritas?

—Se lo ruego a usted, la cosa es urgente—fué la humilde contestación.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Hamilton Fynes, y soy pasajero de primera clase, aunque mi nombre no figura en la lista. Tengo esa carta en el bolsillo desde que salimos de Nueva York, para entregársela a usted en caso de que ocurriera algún contratiempo.

—¿Y qué contratiempo es ese?

—preguntó el capitán rasgando el sobre y acercándose a una lámpara.

—Que el "Lusitania" no desembarca sus pasajeros esta noche.

El capitán leyó la carta, silbó suavemente, como si lo hiciera para él solo, se fijó de nuevo en la firma, y mirando al pasajero con cierta curiosidad, le preguntó:

—¿Conoce usted el contenido de la carta?

—Claramente.

—¿Usted es el señor Hamilton Fynes, de quien habla la carta?

—El mismo.

—Bueno—dijo el capitán, haciendo con la cabeza repetidos movimientos de afirmación—. Baje usted al primer puente y por la escalera de estribor métase en el remolcador. ¿Le interesa a usted el que desembarque algún otro pasajero?

—No, capitán, yo solo—contestó Fynes.

—Mucho mejor entonces, y no diga a nadie que va a tierra.

—No diré esta boca es mía. Mil gracias, capitán.

—Lo que siento es no poderle entregar el equipaje, pero está en el fondo

de la bodega y es imposible sacarlo ahora.

—Eso no importa, ya dejaré yo instrucciones para que me lo envíen; por lo pronto llevo todo lo que necesito en esta maleta.

El capitán tocó el pito, bajaron al puente y el remolcador atracó.

Antes de que pasajero alguno a bordo notase la excepción hecha con un individuo, Mr. Fynes, metido en el "Ana María" remontaba el río.

Apenas cruzó con los tripulantes más palabras que las meramente necesarias, desde que puso el pie en el vaporcito hasta que terminó el corto viaje.

Al entrar le indicaron un pequeño camarote, donde se metió, encerrándose por dentro después de haber re-

peto. Tenía el tipo de un comerciante.

—¿Qué desea usted?—preguntó secamente el jefe de estación, sin apartar apenas la vista de los papelotes que en la mesa tenía.

Hamilton Fynes se apoyó un poco en la mesa y dijo con suavidad, no sin antes mirar a su alrededor por ver si estaban solos y cerrar cuidadosamente la puerta:

—Necesito un tren especial para Londres, lo más rápidamente posible. Le agradecería a usted lo tuviera listo dentro de media hora.

El jefe de estación se puso de pie y con muy buenas formas, replicó:

—Imposible, imposible. Es inútil que hablemos de ello.

—Me permite usted que le pregunte la razón—le dijo Mr. Fynes.

—En primer lugar—continuó el jefe—un tren especial a Londres le costaría a usted cerca de mil duros, y en segundo lugar, aunque quisiera usted pagar esta suma, tardaríamos lo menos dos horas en prepararlo. No es posible desorganizar el tráfico. Además, a las doce de la noche sale el tren correo y lleva coche-cama.

El señor Fynes sacó de su cartera una carta muy parecida en el aspecto a la que había entregado al capitán del "Lusitania".

—¿Me quiere usted hacer el favor de leer esta carta?—dijo al jefe, añadiendo:—Estoy dispuesto a pagar los mil duros.

El funcionario abrió el sobre y leyó las pocas líneas de la carta.

Apenas la hubo leído, cambió de maneras y de actitud, exactamente como lo había hecho el capitán del barco. Volvió de nuevo a leer la carta, miró con atención y curiosidad a su interlocutor, y le dijo con sumo respeto:

—Yo mismo, señor Fynes, voy a ocuparme del asunto—dijo dirigiéndose a la puerta—. Si usted quiere, siéntese ahí y espéreme, ó pase a mis habitaciones.

—Muchas gracias, aguardaré paseándome por el andén.

—Ahí, a la derecha, tiene usted café y restaurant. Espero, señor, que antes de media hora estará listo el tren. Yo en persona voy a dirigirlo, y procuraré hacerlo con la mayor rapidez, y eso que es difícil conseguir ahora vía libre. Como la consiga hasta Crewe, estamos listos al momento, y yo mismo iré a avisarle al café.

—Mil gracias, señor jefe, allí espero.

Fynes entró en el café de la estación, pidió un bocadillo y una taza de café, acercó una mesita a la chimenea y se arrellenó en una butaca, colocándose de manera que pudiera ver a quienquiera que entrase ó saliese del establecimiento.

Se quitó el sombrero, que dejó en la repisa de la chimenea y se pasó la cabeza, arreglando sus negros cabellos. Era un hombre de mediana edad, ni alto ni bajo, completamente afeitado, facciones regulares, ojos oscuros, vivos y brillantes, que no parecían necesitar de los lentes que llevaba colgados de un cordoncillo de seda. Su cara afeitada, la forma especial de su sombrero y la hechura de sus botas parecían declarar su nacionalidad yanki. Comió el bocadillo con



—¿Que nadie salga del tren!—exclamó horrorizado.

gistrado el último rincón, y se cercioró de que estaba completamente solo.

Después se sentó tranquilamente y viendo sobre la litera un periódico, lo cogió y se puso a leer, sin levantar la vista hasta que el remolcador atracó al muelle. Dió las buenas noches y las gracias al capitán, puso un duro en la mano del marinero que le entregó la maleta y desapareció en el muelle. Después de andar unos pasos se detuvo indeciso, y apoyado a una pared miró en derredor suyo con mirada inquieta, como temeroso de que alguien espíara sus movimientos. Al cabo de un par de minutos de titubeo se dirigió rápidamente a la estación del Noroeste y preguntó por el jefe de estación.

El jefe estaba ocupado, y no le recibió con muy buena cara.

Aunque Mr. Fynes iba bien vestido, no tenía tipo que inspirase gran res-

calma, tomó un sorbo de café y pidió una copa de ron.

Después continuó sentado mirando fijamente hacia la puerta de entrada, no quitando de allí los ojos sino para dirigirlos hacia el reloj.

Sin embargo, no demostraba impaciencia alguna.

No había pasado aún media hora cuando entró un revisor y quitándose la gorra anunció que el tren especial estaba listo para partir.

Mister Hamilton Fynes, cogió el sombrero y la maleta y salió al andén.

El tren estaba formado por la locomotora, el tender, un coche salón y un furgón con el freno.

El jefe de estación se acercó a Fynes, atento y fino le dijo:

—Caballero, he hecho todo lo bueno posible por servirle sin perder un minuto. Hace veintidós minutos justos que me pidió usted el tren. Le he puesto la mejor locomotora que tenemos y el mejor maquinista. Que tenga usted buen viaje, caballero.

—Es usted muy amable, señor jefe, y estoy seguro que mis amigos de allá se lo agradecerán muy de veras lo que ha hecho por mí. ¿A qué hora cree usted que llegaremos a Londres?

Miró el jefe de estación al reloj del andén y replicó:

—Ahora son las ocho de la noche. Las órdenes que he dado se ejecutan, pronto y debidamente, puede usted estar en Londres dentro de unas tres horas y media. Calculo que a las doce menos veinte.

Fynes, ya dentro del coche, lo recorrió de arriba a abajo inspeccionándolo todo.

—No lleva más coche que éste, si no me equivoco. ¿No es así?—preguntó al jefe.—¿Hay algún otro viajero, o va alguien en el furgón?

—Nadie, no señor, sería contra el reglamento. No van ustedes en el tren sino cinco personas, el maquinista, el fogonero, el guardafreno, el criado del coche salón y usted.

—Muy bien, muy bien, y repito las gracias—contestó satisfecho el viajero.

—¿Y el equipaje?

—Lo he dejado atrás en el vapor, no llevo más que esta maleta con lo más necesario. Era imposible sacar los baúles del fondo de la sala. Mañana me lo enviarán al hotel.

—Si necesita usted tomar cualquier cosa, el camarero lleva licores y flambres—añadió el jefe.—Y ahora, en marcha, si le parece, caballero, voy a dar la salida. Buenas noches y buen viaje.

—Buenas noches y mil gracias, señor jefe de estación—, contestó el señor Hamilton Fynes.

II

EL TREN ESPECIAL

La enorme locomotora vomitando chispas y espeso humo, arrastrando un coche y un furgón, corría veloz hacia la gran metrópoli, atravesando las llanuras inglesas sin vegetación, pero llenas de chimeneas humeantes, campos de industria, de febril movimiento, de hornos que ennegrecían el espacio con sus negras bocanadas, y marcaban el horizonte con las llamaradas de sus talleres que a larga distancia parecían farolillos de aldehueta.

Todo aquel camino estaba lleno de fábricas, hornos y chimeneas, pero las habitaciones particulares eran raras.

El pequeño convoy, cruzaba rápido aquellas llanuras, pasando veloz por los cruces, empalmes, discos y estaciones secundarias, como monstruo confiado en su potencia, decidido a hacer la suya, a arrollar y destruir.

El jefe de estación de Crewe se pu-

so al teléfono, y comunicó con Liverpool.

—¿Qué hay de ese tren especial?—preguntó.

—Un pasajero que venía en el "Lusitania" y ha desembarcado por especial favor. Hay que dar paso libre al tren hasta Londres, según órdenes recibidas.

—Ya lo sé, estoy enterado de todo. En menos de media hora, he recibido tres telefonemas que tengo en la mano. Hasta Glynn, el viejo director me ha telefonado, y vaya un lenguaje. Hasta juraba.

—¿Hay aviso de llegada del tren?—preguntó Liverpool.

—Acaba de pasar por aquí echando chispas. Lo menos va a ochenta kilómetros por hora; toda la estación se ha sacudido. ¿Quién es el maquinista?

—Jaime Poynton—contestó Liverpool.—Hemos tenido que quitarlo del tren ordinario, y ponérselo a ese señor.

—¿Y cómo se llama?—interrogó el jefe de estación de Crewe. ¿Es algún multimillonario yanqui o alguno de nuestros poderosos aristócratas?

—Se llama Fynes, o algo por el estilo; pero no tiene trazas ni de multimillonario ni de aristócrata. Entró en el despacho del jefe para pedir un tren especial, y no traía más sino un maletín en la mano. El jefe le dijo que tardaría dos horas en estar listo; que le costaría mil duros, y que era mejor que aguardara al tren de las doce. Sacó una carta del bolsillo; y en cuanto la leyó el patrón, había que verle de cabeza. En veinte minutos le preparamos el tren.

El jefe de estación de Crewe, se interesaba y quería saber. Sabía que no era cosa fácil disponer de las Compañías de ferrocarriles, y el viajero del tren especial debía ser persona de una influencia enorme para conseguir lo conseguido, y siguió hablando con el empleado de Liverpool.

—Debe ser persona de importancia, por lo visto. ¿Ha dicho algo el jefe de lo que decía la carta?

—Ni una palabra—contestaron de Liverpool—, pero cuando volvió a su despacho, después de dar la salida al tren, le vieron hacer añicos la carta y echarla al fuego. Jenkins le hizo una pregunta sobre eso, y se puso hecho una furia.

—Bueno, supongo que mañana los periódicos nos sacarán de dudas—contestó el de Crewe—esos periodistas lo adivinan todo. Debe ser un "tío" de influencias, porque lo demás, el capitán del vapor no le hubiera dejado desembarcar delante de los otros pasajeros. Y éstos ¿cuándo vienen? ¿Se sabe algo ahí?

—Sí—, contestó Liverpool—, tenemos orden de preparar tres trenes especiales para mañana a las nueve de la misma. Vaya; buenas noches.

El jefe de estación de Crewe colgó el receptor y volvió a su oficina.

A treinta y cinco kilómetros de distancia, camino del Sur, el tren especial volaba por entre las sombras de la noche.

Su único pasajero había salido de su calma habitual, y parecía intranquillo.

Se levantó del sillón que ocupaba, y a largos y desiguales pasos, recorrió el coche-salón de arriba a abajo repetidas veces.

Abrió la portezuela posterior, cruzó el balconcillo, y miró en el furgón de cola. El guarda-freno estaba sentado en un banco, leyendo un periódico, y tan ensimismado y absorto en la lectura, que ni siquiera notó la presencia del intruso. Mister Hamilton Fynes, se retiró silencioso y cerró la puerta al salir.

Regresó al coche, pasó cerca del joven camarero. Le miró atentamente,

abrió la portezuela delantera, echó una mirada al tender y a la máquina, cerró cuidadosamente la puerta, y volvió a sentarse en el mismo sitio que antes ocupara.

Después empezó a sacar papeles de una cartera que, oculta en el bolsillo interior del chaleco llevaba, y los colocó encima de la mesilla, que tenía delante.

Una de las cartas que había sacado, sellada con lacre, la volvió a meter rápidamente en el oculto bolsillo de su chaleco, y luego hizo un examen minucioso del resto de las otras cartas.

Era curioso ver, cómo, después de haber recorrido el coche, volvió a inspeccionarlo de nuevo antes de emprender su trabajo.

No cabía duda de que el señor Hamilton Fynes tenía gran interés en estar completamente solo. El por qué era difícil saberlo. A medida que se acercaba al fin del viaje parecía que aumentaba su impaciencia y perdía por momentos aquella compostura tan humilde y fría, aunque le conocimos al principio.

No llevaba dos minutos sentados, cuando volvió a levantarse rápidamente e inspeccionar de nuevo el salón. Parecía como vulgarmente se dice, un hombre que está sobre el ¿quién vive?

Estaba inquieto, su mirada era intranquila. Y, sin embargo, ¿dónde más libre de todo espionaje que en el coche-salón de un tren especial, y siendo el único pasajero?

Desde la estación de Rugby, telefonaron a Liverpool, y recibieron próximamente la contestación que los de Crewe.

Un rato después volvió a llamar al teléfono. Era la estación de Euston que llamaba.

—¿Quién ha pedido el tren especial? Acaban de anunciar que llega ahora mismo. Es alguna apuesta. Algún americano que quiere batir el record de la velocidad?

Ya estaba Liverpool cansado de contestar tantas veces a la misma pregunta, pero el jefe de estación de Euston merecía alguna consideración y había que tratarle con deferencia.

—Es un caballero que se llama Hamilton Fynes, y es todo lo que aquí sabemos de ese señor—, contestó el de Liverpool.

—¿Hamilton Fynes? Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿De dónde viene?—volvió a preguntar Euston.

—Es un pasajero del "Lusitania".

—¿Del "Lusitania"? Pero si hace cerca de tres horas que nos han telegrafiado diciendo que no desembarca sus pasajeros hasta mañana!

—Pues a ese caballero le han dejado desembarcar en el remolcador del piloto que lo llevó a tierra. El jefe no quería ponerle el tren especial a esta hora de la noche, pero le enseñó una carta y al momento el jefe lo arregló todo, y en veinte minutos estaba el tren arreglado. El jefe de estación en persona lo arregló todo. Hemos tenido que dejar a un lado todos los trenes de mercancías y transportar todo el tráfico por complacerle y dejarle la vía libre para que pueda ir a Londres sin hacer una sola parada.

Persona de tanta influencia tenía que ser recibida debidamente. El jefe de la estación londinense, se fue a arreglar, se puso la levita y el sombrero de copa, y salió al andén a esperar el tren especial.

III

SORPRESA MACABRA

Suavemente, la imponente locomotora entró resvalando en las agujas de

COSAS RARAS Y NUEVAS

No es el ministril despreciable, el pobre músico ambulante, ni el trovador mendigo de monedas y amores. Es el trovador salvaje, siempre bien recibido, siempre agasajado y más aún, siempre respetado.

TROVADOR SALVAJE

Sus servicios son sumamente apreciados, bien pagados y agradecidos, y en sus viajes de selva en selva, de poblado en poblado, sólo recibe bienvenidas y cariñosos recibimientos.

La razón de este cariño y de tanto respeto, no es difícil de explicar.

El ministril africano es el historiador del pueblo, el cronista de las familias, el narrador de las grandes hazañas, de los famosos guerreros de la tribu, el que conoce a fondo la tradi-



ción, y sabe las consejas, cuentos y leyendas de la región entera.

Historias, crónicas, hazañas, tradiciones y consejas, tan caras a aquellos salvajes, las canta el bardo, acompañado de extraño instrumento.

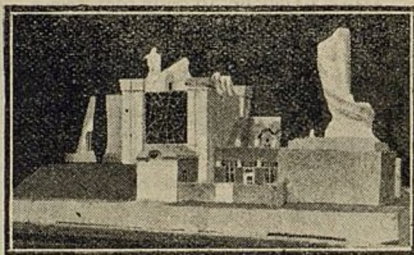
Rara es la armonía, raro es el canto, pero el instrumento lo es más aún.

Es un teclado de hierro, y cada una de las teclas va unida a una calabaza hueca que lleva en la parte superior un agujero cubierto con la tela de araña, de una especie única en ciertas regiones de África, y que según aseguran, da al instrumento un sonido dulcísimo, y en extremo melodioso.

Nuestro grabado, mejor que la más completa descripción, puede dar idea de lo que es el original instrumento de los trovadores africanos.

La señorita Wormer, feminista conocidísima en Alemania, quiere que se establezca el servicio doméstico obligatorio, para todas las mujeres del Imperio.

Según el autor, el edificio que va a construir para vivir en él, el archi-



CASA CARCHOSA

tecto y propietario, se llamará "Casa Hermosa" y si bien es verdad que sobre gustos no hay nada escrito, ni la titularemos "hermosa" ni "fea"; nuestros lectores se formarán su particular juicio, mirando el grabado.

El escultor y arquitecto, Einar Jonsson, hizo el modelo en yeso de la casa que piensa edificar, reproduciendo una casa que vió en sueños, nadie lo dudará, y que le pareció bellísima.

Calcula que el original edificio le costará unos treinta mil duros.

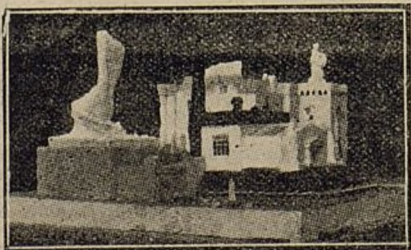
El arquitecto Jonsson, nació en Islandia, era hijo de unos pobres labradores, y trabajó en el campo hasta la edad de diez y ocho años. Entonces fué a Copenhague, y durante cuatro años asistió a las clases de la Real Academia de Bellas Artes, de Dinamarca, donde estudió la arquitectura.

De ideas originalísimas, se ha hecho notable en la capital danesa, donde puede decirse que ha creado un estilo nuevo.

Tiene partidarios que adoran sus obras, y enemigos que le consideran loco. Tiene treinta y siete años, y es casi rico, capital que, como se comprenderá, lo ha hecho con su genial estilo arquitectónico.

Ahora piensa regresar a su país para llevar a cabo la obra de su casa soñadora, donde piensa vivir tranquilamente, asombrando a los tranquilos irlandeses.

Uno de los adornos del edificio será una estatua de una hermosa mujer enseñando la terrible cabeza de la Medusa, monstruo que convertía en piedra a cuantos le echaban la vista



encima. Si el monstruo mitológico se parecía a la escultura del señor Jonsson, no es extraño: da asco mirarla.

Hay gustos que merecen palos.

Ya no sirven los perros. Las damas elegantes se han cansado de llevar perros chinos, púgiles, teniers y la inmensa variedad de canes que da la raza.

AMIGUITO DE LAS DAMAS

El camaleón estuvo muy en boga hace algún tiempo, los monos, los tities, los cocuyos, los osos diminutos y hasta los guepardos.

Hoy está de moda un nuevo animal, conocido con el nombre de hamster, pequeño animalito que tiene en sus formas y costumbres algo del oso, no poco del ratón, bastante de la ardilla y un si es no es, del mono.

Una de las ventajas del animalito favorito, y mimado es que es muy pequeño, y en su completo desarrollo no abulta lo que el puño de una dama propietaria.



Los ejemplares mayores, los gigantes entre los hamsters, jamás llegan a 30 centímetros de largura, desde el hocico a la cola.

Además, son muy mansos, muy dóciles, fáciles de domesticar, comen poquísimo y no molestan nada.

Una verdadera joya con vida.

Evítese colocar el piano contra una pared fría o húmeda. Déjese siempre un pequeño espacio entre el piano y la pared.

CUIDADOS A LOS PIANOS

Affínese, por lo menos, una vez al año. Las teclas deben lavarse una vez al mes, con un paño humedecido con alcohol, y de esa manera, se conservará blanco el marfil.